

único. Renunciar a este proyecto es abandonar la dictadura del proletariado. Por su parte, los socialistas —dentro de esta coalición francesa— renunciarían a su concepción clásica del Estado, que es la de considerar a éste como un ente todopoderoso, que se ocuparía instalando sus "élites" en los puestos de control. Según Poulantzas, estas dos concepciones del Estado se legitiman la una a la otra, y se asemejan en el sentido de que las dos están influidas por la "estatolatría", "el fetichismo del Estado hostil a la iniciativa democrática de las masas populares". Como resultado de una serie de experiencias históricas se ha modificado la concepción marxista del Estado capitalista, que aparece ahora como "un sistema complejo de relaciones de fuerzas, un campo estratégico de contradicciones internas, atravesado permanentemente por las luchas populares que arrastran a una parte importante de su personal". Bajo esta nueva luz, la izquierda pretende una democratización del Estado, "es decir, la extensión y el desarrollo de las instituciones de la democracia representativa de las libertades". El proceso de transformación debe apoyarse en la representación acrecentada de las masas populares dentro del Estado, y por la iniciativa propia de estas masas, expresada por sus organizaciones sindicales y políticas, cuya democratización es esencial. El problema esencial que se plantea es el de mantener la

democratización real de la base y simultáneamente el de la democratización del Estado. Mantener la democratización representativa del Estado sin crear una democratización directa en la base, o viceversa, serían fórmulas incongruentes. El riesgo que señala Poulantzas es el del "doble poder". El de un poder de democracia representativa, que es históricamente la única garantía del mantenimiento de las libertades, pero que sólo puede dar toda su fuerza cuando hay democracia directa en la base, y una democracia directa en la base que podría llegar a la "confiscación autoritaria del poder" por la creación de una nueva casta tecnocrática de la izquierda. "Este es el problema más grave que se le plantea a Francia con respecto al Estado en una vía democrática hacia el socialismo". Poulantzas describe el estado actual de la cuestión dentro del debate general que se prosigue: de una parte, los especialistas y técnicos en materias de Estado, que se preocupan, sobre todo, de cuestiones jurídicas, administrativas y constitucionales; por otra parte los representantes de la "nueva teoría del poder", que "no consideran el poder más que como un desmigajamiento, una división hasta el infinito, a través de una multitud de relaciones de micropoderes hasta el punto de que el Estado, llegando al límite, no es más que una ficción".

Naturalmente que esta larga cita de Poulantzas no está hecha sólo para reflejar un problema

francés que se aproxima —desde el trampolín de las elecciones municipales hasta las generales, legislativas—, sino por un aspecto teórico-práctico que finalmente tendrá que plantearse la izquierda en España, como en cualquier otro país. La izquierda en España no está de ninguna manera próxima a alcanzar el poder: los dos sistemas clásicos de esa acción, el revolucionario o el "entrista" por vía de elecciones, le están vedados en este momento. En el primer caso, porque no hay tensión revolucionaria en el país (y no solamente, como se suele decir ahora, porque la fuerza material esté de un solo lado: en cualquier revolución que se considere, la fuerza material ha estado siempre del lado contrarrevolucionario y cuando ha sido sobrepasada fue porque la tensión revolucionaria creada en el país por un estado de necesidad y represión lo requerían) y no hay el menor intento de asaltar el poder. En el segundo caso, porque el conducto electoral es como un embudo, cuya boca grande abierta engaña sobre la capacidad del tubo para absorber a las mayorías nacionales. La izquierda no puede ganar las elecciones, y la demostración es sencilla: si la izquierda pudiera ganar las elecciones en España, simplemente no habría elecciones.

De lo que deben haber pocas dudas es de que una izquierda española, en un espectro más amplio que lo que pueden significar solamente el Partido Comunista y el Partido Socialista, no deberían despreciar las discusiones teóricas sobre la organización del país y la

democratización real del Estado y de la base. El tema no es fácil de plantear ahora, cuando la izquierda está tan cegada por la trampa gubernamental que no sabe salir de problemas menores, y tan influida por cuarenta años de Historia, o quizá por muchos más, que se divide y subdivide en querellas más bien ridículas. Su aversión a un frente popular, por ejemplo, es, sobre todo, supersticiosa: el primer frente popular trajo la contrarrevolución del 18 de Julio, y un nuevo frente popular la produciría de nuevo. Existe el reflejo franquista de que un frente popular sería inmediatamente inaceptable. Fascinada con estos reflejos históricos y supersticiosos, la izquierda apenas advierte que lo que quiere evitar que le suceda —la contrarrevolución— le está sucediendo ya. Por encima de todo ello, los reflejos internos de división son muchos: desde el arrastre histórico hasta la defensa personal de votos, desde la existencia de viejos dirigentes que salen de la guerra civil hasta la de nuevos ricos de la política que no quieren compartir con nadie un poder que están lejos de alcanzar.

En Francia, el tema se plantea de manera naturalmente distinta. La unidad de la izquierda, nutrida por el deseo de millones de militantes muy concienciados en política y en lucha obrera porque las dos las practican desde su infancia, es la consecuencia de un final de guerra fría (en España estamos ahora en un estado anterior: la estructuras que forman el poder están impregnadas de guerra civil y de guerra fría) y de la liquidación de viejos dirigentes (estamos lejos de las querellas entre Thorez y Guy Mollet: son historia anecdótica) es un hecho de alguna solidez. Y la posibilidad de ganar las elecciones crece cada día. Por lo menos, todos los pronósticos actuales coinciden en que habrá una mayoría de izquierda en la Asamblea capaz de gobernar. No está excluida la posibilidad de alguna forma de contrarrevolución —como no lo está en Italia— y de una presión por la vía de los canales imperiales —como también se ha visto en Italia—. Por otra parte, un Gobierno de la izquierda unida estaría notablemente contrapesado con la presencia del poder presidencial que ejerce Giscard, y que desde luego no abandonaría: se produciría un conflicto Gobierno-Presidencia que podría ser bastante agudo. En los medios políticos de la izquierda se considera que Giscard tendría que llegar a la dimisión, y que el nuevo Parlamento podría, por otra parte, reformar la constitución en un sentido diferente a la creación autocrática del general De Gaulle, que es la que está funcionando actualmente. Pero todo ello no sería más que un paso previo hacia la creación de ese Estado sobre el que debaten ahora los intelectuales franceses: un Estado que respondiera a las nuevas ideas de la izquierda, tan lejos del stalinismo por un lado como de la superestatización de las socialdemocracias de corte nórdico. ■

PRIMÉROS RESULTADOS: LA IZQUIERDA ARROLLA

Mitterrand ha lanzado ya una frase al conocer los primeros resultados de las elecciones municipales del domingo: el Gobierno tiene que dimitir. Tiene que disolver la Asamblea y convocar elecciones anticipadas, puesto que la mayoría actual no responde a la mentalidad política del país. Naturalmente, el Gobierno no va a dimitir ni va a convocar elecciones, y Mitterrand lo sabe perfectamente. Se trata de una actitud política de la oposición en la que justamente capitaliza lo que ya aparece —con los resultados de la primera jornada electoral todavía incompletos— como una arrolladora victoria de la izquierda: más, sin duda, de la mitad de los votos y dos tercios de las Alcaldías de Francia conquistadas. La posibilidad de que la disputada Alcaldía de París —el tema que ha servido para la ruptura más visible de la derecha, de la mayoría— tenga un alcalde de la unión de izquierdas. El progreso de los dos partidos principales de la unión, el socialista y el comunista, es notorio en todo el país.

La respuesta clásica de la mayoría de derechas es la que las elecciones municipales presentan unas características muy distintas de las legislativas y que no procede "politizarlas". Es una respuesta tan clásica, tan sabida, que, sin duda, la habría empleado la misma izquierda en el caso de haber quedado en minoría de votos. Las elecciones municipales, efectivamente, se centran sobre una clase determinada de temas. Pero son, naturalmente, políticas. La Administración Local es reflejo claro de la Administración del Estado, sobre todo en las grandes

ciudades, en las que plantean temas como los de protección a las industrias, población obrera, adecuación del medio, fiscalidad, etc. Parece muy claro que los que han votado el domingo pasado en favor de la izquierda hubiesen votado en el mismo sentido en el caso de tratarse de unas elecciones legislativas.

El segundo turno, como se sabe, se realiza para dirimir los casos de "ballotage": es decir, aquellos en que ningún candidato ha obtenido la mayoría absoluta para ser proclamado. En este segundo turno se producen los "desistimientos": la retirada de determinados candidatos en favor de los que están "emparentados" políticamente con ellos. En estas elecciones se ha verificado ya que actúa en favor de la izquierda la palanca de la unidad, y en contra de la derecha la de su desunión. Por ello, es preciso suponer que el éxito de la izquierda en el primer turno se va a redondear en el segundo.

En cuanto al "caso Chirac", es significativo. Se sabe que el tema de la Alcaldía de París fue el que hizo estallar y sacar a la luz las grandes diferencias de la mayoría, y la disputa entre Chirac, que había sido primer ministro, y Giscard, Presidente de la República. Chirac representaría una derecha cerrada e intransigente y Giscard una derecha reformista. Chirac, a pesar de las admoniciones de Giscard, se mantuvo en su decisión de presentarse a las elecciones como candidato. Ha quedado en "ballotage", en contra de sus previsiones, y en contra de la idea general del carácter conservador de su distrito.